

version de las *manos muertas*, que, no por ello empobrecerán á los cuerpos morales conservados, la *Propaganda*, entre otros; cree demostrar, que los cuerpos morales conservados, convertidos en rentistas del Estado italiano, no se hallan en situación precaria; y que á los disueltos ó extinguidos se les ha reservado el derecho común de asociación; y luego tiene á bien extenderse en ponderar las ventajas de la conversión que se ha hecho de los bienes monásticos, así como las que redundan en beneficio de las personas y de las cosas; acabando por echar una ojada general sobre la situación del Pontificado, y sobre la conclusión de Mons. el Obispo de Orleans.

Empero, de las promesas del gobierno italiano, de las promesas solemnes que había hecho en la Cámara, y confirmadas á la diplomacia, de respetar el territorio de la Iglesia, de todo esto, ni una palabra siquiera de excusa.

M. Erdan toma su punto de partida desde la ley de garantías, y se guarda muy bien de subir mas arriba. Convento, en que las promesas son embarazosas; pero, en fin, ellas existen, y la Providencia, queriendo marcar la frente de un estigma indeleble á los ministros, que tales promesas hicieron, ha permitido, que esos ministros hayan venido á Roma para violarlas, al mismo tiempo, que para violar los derechos seculares de la cristiandad.

Para deshonrarlos, no hay necesidad de acudir al Diccionario en busca de palabras propias para echarles en rostro lo inicu de su conducta; no; basta repetir las promesas tales como MM. Lanza y Visconti Venosta las pronunciaron, acompañándolas con palabras de menosprecio y de ira contra aquellos que se atreviesen á soñar siquiera, en actos de barbárie contrarios al derecho de gentes.

Por lo tanto, persisto en decir, que la *Respuesta* á Mons. el Obispo de Orleans, no es una respuesta. He visto, si, en ella el esfuerzo de una inteligencia harto elevada para no conocer, que defiende una causa contraria á la verdad, y la debilidad de un alma empeñada en sostener el error.

M. Erdan es escritor correcto; é inspiraría interés si se limitase á escribir futilidades políticas. Ha demostrado su talento con muchos trabajos de arte y de literatura, y sus

convicciones están fotografiadas en el título de un libro, que publicó en 1849: *Breves cartas de un republicano rosado*.

¡Republicano rosado! si, el todo lo ve de color de *rosa*; nuestra época, lo mismo que los acontecimientos, todo es de color de *rosa*.

M. Erdan, sin embargo, nos permitirá le observemos, que «el angusto Recluso voluntario del Vaticano,» como el le llama, ve las cosas de diferente color, y que los Obispos y los fieles solo ven, de color de *rosa* los horizontes lejanos, que anuncian el nuevo día, en que la *conciencia universal* prevalecerá contra la *conciencia moderna*.

E.

(*Journal de Florence*, 24 Diciembre 1874.)

Leemos en la *Liberté* de Paris la fausta noticia, que publicamos á continuación, y por la que felicitamos con toda la sinceridad de nuestra alma, á nuestro querido amigo M. Luis Veullot:

«Reuníase ayer, en el convento de la Visitation, una numerosa afluencia de notabilidades del clero, de la política y de las letras, con objeto de asistir á la toma de velo de la señorita LUCIA VEULLOT, hija segunda de nuestro eminente colega, redactor y director del *Univers*.

A esa ceremonia, tan conmovedora, asistieron, además del clero y dignatarios del convento, Mons. Maglia, nuncio del Papa; Mns. Dupanloup, obispo de Orleans; monseñor Langenieux, arzobispo de Reims. M. Pierron, acompañado de su joven esposa, la hija mayor de M. Veullot, asistían también á la ceremonia, que terminó en medio de la emoción general de tan escogida concurrencia.»

Por muy honrosas y felices que sean para los padres las alianzas de familia, ninguna debe enorgullecer tanto al cristiano, como la alianza con Dios; los esposales tienen lugar en la tierra, y las bodas en el cielo.

¡Dichoso el padre, que abre la puerta de su casa á Jesucristo para concederle la mano de su hija!

J. E. DE C.

(*Journal de Florence* 20 de Diciembre 1874.)

À MIS COLABORADORES DE ROMA.

Sit vobiscum gratia, misericordia, pax, a Deo Patre et a Christo Jesu, Filio Patri, in veritate et charitate.

(S. Joan. Ep. 11, v. 2.)

Con frecuencia—de viva voz ó por escrito—he tratado de dar á comprender, cual era la linea de conducta, que el *Journal de Florence* debía seguir, bajo mi inmediata dirección; vosotros, aceptándola, mostrasteis con celo, digno del mayor elogio, vuestra conformidad; mas permitidme una ligera observación: hasta aquí, hablemos con sinceridad; ¿habeis realizado, ó al menos, coadyuvado á la realización de la empresa, que há tiempo prosigo? Os quejais, porque suprimo alguna parte de vuestras cartas, y, á mi vez, me quejo, porque ciertas consideraciones me impiden el suprimirlas del todo. Entre vosotros y yo, existe cierta divergencia, de la que se percibe el público; así juzgo oportuno tomar al público mismo por testigo de lo que creo un deber decirlo.

De mi parte, no debéis temer palabra alguna dura; sabéis cuanto os amo, y yo se cuanto vosotros me amais. El *Journal de Florence* espera, con la gracia de Dios, acumular algunos tesoros en el cielo; pero no tiene por objeto amontonar muchos billetes de banco en la tierra. Vuestro concurso no me lo asegura, pues, el amor al lucro, sino vuestra devoción á la causa de la Iglesia y vuestra adhesión á mi persona. Estos lazos, que parecerían pueriles á las gentes del mundo, mantienen estrechamente unidos nuestros corazones cristianos, y forman un todo indestructible.

La verdad y la caridad son dos rayos del mismo sol; el uno ilumina la inteligencia, el

otro inflama el corazón. El hombre no puede vivir sin corazón, como no puede vivir sin cabeza: tal es la ley de su organización física. Regenerado por Jesucristo, y habiendo alcanzado todo el desarrollo meral, al cual estaba predestinado, el hombre no vive sino de verdad y de caridad: apartadle de uno ú de otro de esos dos rayos, y le sumergiréis en las tinieblas de la muerte.

Los recién llegados á Roma—instrumentos de las venganzas de Dios—os llaman *cacciatori*; y vosotros los contestais con otra injuria: *buzzurri*. Entre dos campos, que se injurian mutuamente, Jesucristo se encuentra como indeciso para reconocer á los suyos. Vosotros sostenéis alta, es verdad, su noble bandera; pero las armas que manejaís, no son las que él os ha dado; vosotros las habeis tomado de sus enemigos.

Una infracción cualquiera de la ley de la caridad, trae consigo su castigo, que consiste en no ver las cosas bajo el punto de vista cristiano. Enfrente de vosotros no veis ya un enemigo, al cual sea preciso iluminar, sino un enemigo al cual se debe perseguir. Le perseguís, en efecto, le acosais, le cercáis; os hacéis jueces inexorables, no solo de sus palabras y de sus actos, sino hasta de sus pensamientos y de sus intenciones: como si nada bueno pudiera venir de él, ni siquiera los mismos beneficios, que con promesas halagadoras os ofrece. A tal punto habeis llegado, que en lugar de desear, de codiciar, de reunir todos vuestros esfuerzos

para su conversión, teméis que se convierta, porque eso sería una especie de humillación para vosotros, que le habeis tan inexorablemente condenado.

Descended un instante al fondo de vuestra conciencia, y vereis, que no estoy lejos de la verdad.

Nosotros debemos combatir viril e infatigablemente, sin tregua ni descanso, á los factores de mentiras: lo cual es para nosotros un estricto deber, puesto que Dios se ha dignado por su inefable misericordia revelarlas las verdades eternas. San Alfonso de Ligorio nos enseña, que se puede hasta desacreditar, publicando sus faltas, á los factores de mentiras, para privarles de la autoridad y de la influencia, que usurpan, con el fin preconcebido de arrastrar al mal á los imprudentes y á los débiles de espíritu. No os vitupero, pues, por el ardor generoso que mostrais en el combate, solos advertido, que es preciso mucho cuidado en la elección de las armas. Nosotros no tenemos otra arma que la verdad: debemos llevarla por donde quiera la mentira se muestre, y emplearla en desenmascararla cuando se cubre con el velo de la verdad. En esto quiere Dios que trabajemos, y despleguemos todo nuestro celo: pero adoptar los procedimientos de los hijos de la mentira; aborrecer, en vez de amar; poner la injuria en el lugar de los argumentos, es exponerse uno mismo, á la perdición, y renunciar á toda esperanza de salvar á los demás.

Otra de las mayores conquistas que la secta ha conseguido en este siglo—conquista mucho mas honrosa por sus consecuencias, inclusa la caída de Roma,—es la de haber persuadido á muchos, de que el cristianismo es un partido. Esta conquista—imposible en un siglo de verdaderas creencias y de fé robusta—se la ha hecho fácil el concurso de nuestras conciencias poderosamente debilitadas por las largas y perdidas preparaciones de nuestros enemigos. Nosotros hemos aceptado con excesiva ligereza esta condición, que la secta nos proponía, y hemos descendido á la liza, al lado de los demás partidos. Hemos adoptado las mismas armas: hemos prestado apoyo para derribar ministerios, fundar periódicos de oposición, etc.

Jesucristo, no vino al mundo á fundar un partido; sino que vertió su preciosa sangre para arrancarnos del poder de Satanás, y sustituir á la ley del odio, que dominaba la

tierra, la ley del amor, que nos promete el cielo. Vino á revelarnos las verdades eternas, y á fundar una Iglesia, á la cual ha confiado el depósito sagrado de esas mismas verdades; y á asegurar á esa Iglesia una existencia imperecedera, para que los hombres estuviesen siempre en posesión de esas verdades, sin las cuales no hay salvación.

Ante un sacrificio, un objeto, y unos medios tan grandes, todos los accidentes de la vida y todos los acontecimientos de la historia son pequeños, por no decir, imperceptibles. El cristiano no ha de perder de vista ni un solo momento, al Dios sacrificado por su amor, ni la eterna bienaventuranza que debe conquistar; ni, en fin, á la Santa Iglesia, nuestra madre, nosotros no debemos pertenecer á ningún partido humano, nosotros estamos en el camino del cielo; y lo único que nos interesa, es llegar á él con numerosa compañía.

La secta no marcha á pasos agigantados hacia su triunfo definitivo, sino pisoteando lo sobrenatural: el nombre de Jesucristo lo borra, por do quiera ella se encuentra; trata de hacernos olvidar las verdades reveladas y las enseñanzas que de ellas emanan: la santidad es, á sus ojos, el vicio más detestable, y no quiere que los pueblos la vean, ni la tomen por modelo. Por ese motivo ha cerrado los conventos y emparedado al clero en las iglesias; con este objeto aparta, hasta de la tumba, todo lo que haga alusión á otra existencia: todo lo más, permite una apoteosis pagana á los manes de los grandes hombres, que ella misma ha engrandecido.

¿Qué le queda aún á la divina Esposa de Jesucristo para influir en las masas, apoderarse de nuevo de los que la secta ha extraviado, y procurar alejarlos de ella para siempre, y salvar á la sociedad?

No le queda mas que el periódico. Dios quiere sacar de los inmensos males, engendrados por la prensa, un gran bien, en provecho de las almas. Pero para alcanzar ese objeto, es preciso que el periodismo católico marche por una senda contraria á la de los órganos revolucionarios: no debe nunca olvidarse del orden sobrenatural, sino quiere rebajarse al nivel de sus adversarios, ni aceptar la polémica en el terreno en que la secta la proponga: tampoco ha de perder de vista un solo instante las verdades que posee ni anteponer á esas verdades—tan in-

dispensables á la salvación del individuo como á la de la sociedad—las satisfacciones de su miserable amor propio, ó el triunfo de un partido cualquiera. Su misión consiste en recordar á todo el mundo, que hay un Dios; hablar de sus misericordias, y de sus justicias; repetir, que ese Dios lo gobierna todo con una Providencia admirable, y hacer que Nuestro Señor Jesucristo sea adorado donde quiera que la secta trate de pisotearlo.

Oh! amigos míos: conozco perfectamente vuestra objeción: me la habeis repetido con harta frecuencia, para que pueda olvidarla. Vosotros decís: «vuestro lenguaje es nuevo, choca con las costumbres ya arraigadas, y se opone al proceder de la polémica, que há tanto tiempo está en boga. Siguiéndonos en ese camino, no solo nos exponemos á no conquistar ningún nuevo suscriptor, sino á perder los que tenemos.»

¡Mi lenguaje es nuevo? decís. Yo lo ignoro: pero si en efecto lo es, en las tristes circunstancias porque atravesamos, sería una grave desgracia para la Iglesia, puesto que el lenguaje que yo uso, lo he tomado de Jesucristo, y de todos sus Vicarios, desde san Pedro, hasta Pio IX. ¿En donde hallareis un hombre más firme, mas constante, mas perseverante, mas indomable en la defensa de la verdad, que Pio IX? ¿En donde hallareis un hombre como él, inflamado de la caridad, rogando por sus enemigos, exhortándoles á la conversión, llamándoles á sí, con las mas apremiantes súplicas, alzando, por fin, su voz, con el doble objeto de apartar del mal á los que se han extraviado, y de armar á los buenos, contra todas las asechanzas de Satanás y de la secta?

Mas no; mi lenguaje no debe ser nuevo, á juzgar por las numerosas cartas que recibí de todas partes. ¡Si superara cuántas personas nos rehusan la renovación de sus suscripciones, so pretexto, de que ellos han de sostener una infinidad de buenos periódicos! Yo mismo llegué un instante á creer, que la obra, á la cual me he consagrado, era una obra inútil, una superfluidad en el campo de los defensores de la Iglesia, y que lo mejor sería abandonarla. Me parecía evidente, que si nadie tenía necesidad de leerme, y si todo el mundo tenía guías más seguras que yo, en el terreno de la polémica diaria; era del todo inútil que hablara. Pero antes de tomar una resolución definitiva, fui, como tengo por costumbre, á prosternarme en

una iglesia, y á pedir al Espíritu Santo que se dignara iluminarme.

Pues bien: he aquí el cuadro que se ofreció á mis meditaciones:

«Si el periódico católico, no debe ser órgano de partido, mucho menos ha de ser instrumento de especulación. La secta, que tiene extraordinaria habilidad para encontrar lindos nombres con que cubrir ruines cosas, ha dicho, que el periodismo es un sacerdocio. El calificativo es exacto: para la secta es el sacerdocio de Satanás; para el católico debe ser el sacerdocio de Dios. Cada escritor tiene á su cargo cierto número de almas, y deberá, en su día, dar severa cuenta á Dios de las inteligencias, que se le habrán confiado, para que las dirija en infinidad de asuntos, que, al parecer, no se relacionan con la religión, pero que, de lejos ó de cerca, le pertenecen, pues nada se hace en el mundo, que no sea perjudicial ó útil á las conciencias.

«Todos los cristianos desean llegar á la era afortunada, en que no haya más que *unus ovile et unus pastor*, á la tierra prometida de la restauración social; pero, hasta el presente, se marcha al revés, alejándonos cada vez más de sus fronteras. Dios, siempre fiel, nos conserva el Pastor; pero ¿en dónde están las ovejas? Es preciso conducirlas y reunir las al rededor de él; por eso, además de la palabra del Pastor, es menester estar lleno de su espíritu. Una parte del pueblo cristiano, es víctima de un sueño profundo, gracias al veneno propinado por la secta: otra parte, se entrega á una actividad febril, pero infructuosa para el bien, porque en toda esta agitación no vemos el espíritu del Pastor, que es el espíritu de caridad.

«Sin imitar á Jesucristo, en vano se desfiende su causa. Nuestro divino Redentor derramó su preciosa sangre por todo el género humano; y nosotros no debemos rebajarse el nombre de hermanos, á cuantos llevan la divina señal del Criador en su frente. Cuanto más firmes sean nuestras convicciones de que poseemos la verdad, tanto más debemos deplorar, que nuestros hermanos se alejen de ellas: debemos consagrar todos nuestros esfuerzos á conducirlos á la verdad; la piedad profunda que experimentamos hacia todas esas almas, que corren á su perdición, debe más bien arrancarnos lágrimas, que sugerirnos invectivas.

«El divino Redentor nos ha traído la buena nueva, la ley de amor y de paz para todos los pueblos: la sola maldición pronunciada por él, cayó sobre la secta, representada, en su tiempo, por los fariseos. Para el pueblo engañado alevosamente por la secta, para ese mismo pueblo, que gritó un día *hosanna*, y pronunció otro día su sentencia, por un peliucito, gracias á las instigaciones de los fariseos, Jesucristo imploró el perdón de lo alto de la Cruz.

«Si queremos imitar á Jesucristo, es preciso trabajar en la separación de los dos campos, es preciso reconquistar á la secta todo el terreno, que ha usurpado al mundo cristiano; hé ahí la gran obra del momento para los defensores de la Iglesia, porque la secta nos domina por el concurso inconsciente que nosotros le prestamos: la secta ha llegado á establecerse en Roma, con la ayuda de un ejército cristiano: ha encarcelado al Vicario de Jesucristo, y trata de sofocar las palabras de éste, dentro de las murallas del Vaticano; los carceleros que montan la guardia, en la prision del Vicario de Jesucristo, van á misa, y se creen todavía cristianos. Nuestra ceguera es la que, no solo ha producido semejante confusión horrible, sino la que ha asegurado los triunfos de la secta. Es preciso, que esa ceguera cese de una vez, si no queremos hacer estéril la sangre preciosa que el Salvador derramó por todos nosotros.»

«He ahí por que, hice irrevocable mi resolución, queridos compañeros de armas. Comprendía, que mi misión no había terminado, antes bien habla para mi deberes que cumplir; comprendía, y comprendo, que no debo ocuparme de la masa, que permanece todavía indiferente á mis descubrimientos sobre la secta, sino que mi deber es preocuparme por el pequeño número, que me sostiene en la lucha, y me honra con su atención. Quiza sea este el primer núcleo de ese *ovil* de fieles, que irá aumentando todos los días, á medida que se vayan separando de la secta, y que llegará, con el auxilio de Dios, á formar de todo el género humano una sola familia obediente á un solo Pastor.

«Invoco, pues, vuestro concurso, porque todavía tengo necesidad de él. Que mis consejos no debiliten vuestro celo, pues tienden al objeto opuesto: es los doy para que redobléis vuestros esfuerzos, porque al hombre solo le hace invencible el arma de la verdad.

No os preocupéis por los suscritores: nuestro mejor suscriptor se llama Dios, y él es quien nos juzgará un día, segun el bien ó el mal, que nuestros escritos hubieran producido. Concediéndonos una pluma, nos ha hecho ministros de la verdad; nos ha llamado á decir, cada día, en público, lo que éste debe creer de los hombres y de las cosas, y nosotros debemos decirselo, sin sombra de respeto humano. El detestable respeto humano es el enemigo más directo del respeto de Dios y de las almas. No tratéis de compadecer á los hombres; solo les debéis amar; y no es amar á sus hermanos el disimularles la verdad, ó inducirles á hacer concesiones al espíritu de la mentira. No debéis inquietaros, ni de los que nos censuren, ni de los que nos aplaudan, ni de los parlidos, ni de los corrillos, ni de los hombres que puedan sostenernos, ni de los hombres que puedan derribarnos.

La única cosa que nosotros debemos desear, es agradar á Dios; la única que debemos temer, es la desaprobación de la Santa Iglesia.

J. ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 29 Diciembre 1874.)

¡EL ROSARIO!

«Si como dice M. Camille, todos debemos consagrar nuestros esfuerzos á conducir á la verdad á los que de ella se han alejado; este deber es más imperioso en aquellos que, con sus discursos ó escritos, han extrañado á sus hermanos. Por eso, no podemos menos de aplaudir la conducta del Sr. Alarcón, que, describiendo uno de los actos de devoción más populares y hermosos de nuestra patria, en un libro llamado: *La Alpujarra*, dice lo siguiente:

«¡EL ROSARIO!... Veinte años hacía ya, por lo menos, que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de aquel modo (segun la inmemorial costumbre), las ciudades, villas y aldeas de la proverbial *Tierra de Maria Santísima*.

Y ¡qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la des-

aparición del antiguo orden social y político de España, si bien no hallamos, ni creemos posible, llegar jamás á poner en duda la bondad abstracta de las nobles, justas y sinceras ideas de nuestro siglo, hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones (¡oh desengaño! ¡oh conflicto! ¡oh problema para el porvenir!), que esa libertad, y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas (como nos dignificaron á nosotros), las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.

Inútil, ocioso, necio, y, sobre todo, peligrósimo (señores del centro de todas las Cámaras del mundo), fuera cerrar los ojos á esta verdad, que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyendonos sus redentores) desde el periódico, ó desde la tribuna, desde el libro, ó desde la cátedra....—¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los es-

patos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes predicaciones, están harto á la vista en todas partes.

Mirad: los ignorantes de ayer se han trocado en los insensatos de hoy. La antorcha de la filosofía moderna, en lugar de iluminar la mente de los desheredados por la fortuna, la ha incendiado, dejándola llena de humo y de cenizas. Quisimos enseñarles mucho, y les hemos hecho olvidar lo que sabían. Creían algo, amaban algo, respetaban algo, adoraban algun ideal; y hoy no creen, aman, respetan ni adoran sino lo concerniente á sus sentidos corporales. Tienen fe, paciencia, esperanza, y les hemos exasperado y desesperado. Erán, cuando menos, séres dóciles, y les hemos convertido en enemigos de la sociedad. Erán ya hombres, y les hemos vuelto á hacer fieras.»

(*España Católica*, 14 de Noviembre 1874.)